

Los hombres que miran

IRENE CUEVAS

IRENE CUEVAS (Madrid, 1991) estudia Derecho en la Universidad Complutense de Madrid. Desde hace varios años asiste a talleres de escritura creativa —actualmente a los de la Escuela de Escritores—, y alguno de sus relatos ha sido incluido en la Segunda Parábola de los Talentos (Gens Ediciones) y en la revista literaria Cuentos para el andén. Ganadora del XI Concurso de Cartas de amor «Antonio Villalba», en 2012 fue seleccionada para participar y exponer su obra en el evento internacional World Event Young Artists (WEYA) y en la Bienal de Jóvenes Creadores del Mediterráneo (BJCEM), dentro del programa «Disorder».

Los hombres que miran

Si había algo que de verdad le gustaba a mi padre era, sin duda, el camisón lila de noche que tenía mamá. Le gustaba porque tenía puntilla y trasparenteaba. Porque cuando lo tocabas era como si no hubiese nada de por medio. Eso le decía mi padre; que era como si no hubiese nada. Mamá solía pasearse por casa con él y debía de sentirse muy libre allí debajo, en su camisón, porque los pechos se le saltaban por encima del encaje como queriéndose ir.

Mamá lo guardó con un mimo preciso cuando nos mudamos a las afueras y mi padre aceptó aquel trabajo a jornada completa. Aunque mamá se quejó repetidamente, lo cierto es que a mí me gustaba la nueva casa. Era mucho más espaciosa que la anterior y tenía unas paredes blanquísimas donde poder hacer sombras. En la nueva casa también se podía jugar a ser invisible. Me encantaba fingir serlo y esconderme en cada rincón. Reptar en silencio por el pasillo o encaramarme a algún árbol solitario del jardín.

Allí, mamá cogió el gusto por mover muebles y cambiarlos de sitio. Sacaba, por ejemplo, la mesa del comedor al pasillo, arrastrándola con fuerza —que sonara, que sonara— o el televisor

al jardín. Incluso llegó a colgar un cuadro en uno de aquellos árboles y llenó de espejos la salita, donde se pasaba horas y horas en la multiplicidad de sí misma.

A mi padre, sin embargo, debí de enseñarle yo, en algún momento imprevisible, cómo arrastrarse por los pasillos y cómo andar sin hacer ruido. A él le gustaba aquella casa, él decía que éramos más:

—Somos más así —decía.

Y mamá:

—Que me conformo con menos.

Lo de los hombres que miraban, de todas formas, debió de ocurrir a principios de verano. Tuvo que ser uno de esos días calurosos que sorprenden, y sorprendió tanto que hasta al aire acondicionado le pilló sin fuerzas. Mamá llamó por la mañana al técnico y se presentó a mediodía. Debí de forzar al máximo mi interpretación de hombre invisible, porque aquel día nadie me vio sentarme en el pasillo y espiar a través de la cristalera que daba al salón. Mamá había abierto envuelta en una bata y los dos habían ido hasta el aire acondicionado. El hombre no tenía cara, o más bien no la recuerdo. No creo que mamá pudiera recordarla tampoco. Sus ojos eran tan violentos que nadie podría fijarse en otra cosa. Eran ojos que miraban de cerca y que seguían allí si se te ocurría pensar en ellos por la noche, como la sombra de un dinosaurio en la pared. Eso fue lo que hizo: sentarse allí y mirar cómo mamá se quitaba la bata y se quedaba en su camisón lila; cómo se le saltaban los pechos por encima del encaje.

Había muchas formas de mirar a mamá. Como la miraba la abuela, a través de sus gafas redonditas, echándole en cara. O como la miraba mi padre, casi en ráfaga. Yo la miraba como se mira a las sombras de palomas en las paredes. Aquel hombre la miraba de todas las formas posibles. Todas juntas y a la vez. Y eso, a mamá, la llenaba extrañamente.

El segundo hombre llegó unos días después. Tenía los ojos grandes y desdibujados. Podría describir detalladamente esos ojos, las motas negras sobre el verde oscuro del iris, las pupilas

dilatadas cuando mamá abrió su bata y enseñó el camisón. Sin embargo, no podría decir nunca de qué color era su pelo. Ni siquiera podría decir si aquel hombre tenía boca o si realmente era un hombre o no.

A partir del octavo, dejé de llevar la cuenta y ya simplemente me sentaba a observarlos, cómo mamá iba adquiriendo cada vez movimientos más exactos, cómo su camisón se iba volviendo cada vez más lila, cada vez más lejano, cada vez más doloroso.

Empezó a recibir visitas de hombres que miraban cada día. Es asombrosa la cantidad de ojos inquietos, palpitantes, ansiosos y huidizos que se pasearon durante aquellos meses de verano por nuestro salón. Y era tan absurdamente fácil como aquello: el hombre llegaba, miraba y se iba. Lo más inquietante de todo era precisamente ese ademán de mirar. Que se sentasen allí a mirarla con sus ojos y que no parasen de hacerlo.

Mamá pasó el tiempo que vivimos en aquella casa ocupada en encerrarse cada día entre sus espejos, en envolverse en su camisón lila para otros. Y mi padre en ir y venir, y no estar. Yo hacía sombras de superhéroes y coronaba los árboles del jardín.

Un día largo de finales de verano, mamá terminó de mover todos los muebles, de colocarlos en situaciones imposibles —llegó a bajar las lámparas al suelo y colgar las alfombras del techo— y supe que ya no le quedaba nada allí. La noche anterior, mis padres habían discutido por espacio de una hora. Yo había estado haciendo la sombra de un tigre en la pared y unos ojos que miraban y luego, me había escondido detrás de la nevera y entre las cortinas del salón:

—¿Es que no ves que aquí no somos más? ¿Qué aquí ni somos? —le había dicho ella.

Y él:

—Si ya no somos en ningún sitio.

Lo que más me sorprendió de todo fue cómo nos dejó ir. Aquella mañana larga, mi padre se sentó en la puerta y nos

miró. Eso fue todo lo que hizo. Se quedó allí mirando de todas las formas posibles aquel camisón lila de mamá y a sus pechos, que saltaban por encima del encaje, queriendo, necesitando salir.